

HISTORIAS Y PARÁBOLAS PARA NIÑOS

Las parábolas de Jesús

Volumen I

HISTORIAS ILUSTRADAS PARA TODA LA FAMILIA



UN LIBRO PARA LAS VELADAS JUNTOS



Una historia leída con cariño crece con nosotros.



ESTE LIBRO PERTENECE A

Mi nombre / nuestra familia



VOLUMEN I

Las parábolas de Jesús

Diez capítulos · Edición ilustrada

Octubre de 2026

Las citas bíblicas siguen, con adaptaciones, la versión *Dios habla hoy*®,
© Sociedades Bíblicas Unidas.



ANTES DE LA HISTORIA

Para padres y abuelos

Cristo, el Salvador, enseñó sobre todo con parábolas: historias breves en las que cada uno puede encontrar su lugar. Este primer volumen reúne diez capítulos con las parábolas de Jesús, contadas para los niños y para leer en familia. Los demás volúmenes traen historias del Antiguo Testamento, vidas de santos, los Padres del Desierto, fábulas e historias nuevas.

Cada parábola es un capítulo: la historia para los pequeños con sus preguntas, luego la historia completa, lo que nos enseña, un pensamiento para adolescentes, preguntas para la familia y una buena obra para esa semana. Al final del libro encontrarán un plan de lectura: una historia por semana.

CÓMO USAR ESTE LIBRO

Lean por la noche, en voz alta, antes de la oración. No expliquen demasiado: dejen que la historia actúe y luego hagan una sola pregunta. Hagan juntos la buena obra de la semana. Los niños mayores pueden leer solos y luego leer a los pequeños.

Las parábolas se cuentan para niños, con la referencia a la Sagrada Escritura. Las citas siguen el texto bíblico; lo que solo podemos imaginar se dice como tal («quizá», «podemos imaginar»). Edición de octubre de 2026.



PASO A PASO, SIN PRISA

Cómo leemos juntos

La misma parábola se abre de otra manera en cada edad.

4-7 AÑOS



Para los pequeños

Leemos la historia para los pequeños, miramos la ilustración y conversamos con las preguntas.

DESDE LOS 8 AÑOS



La historia completa

Leemos sin prisa. Nos detenemos donde surge una pregunta o un pensamiento para compartir.

12-14 AÑOS



Para los mayores

Unimos su enseñanza con las decisiones diarias. Escuchamos sin apresurar la respuesta.

A CUALQUIER EDAD



En familia

Elegimos una pregunta y una buena obra. Cerramos la velada con la oración y la alegría de estar juntos.



DIEZ CAPÍTULOS, DIEZ ENCUENTROS

En este volumen

	01	El sembrador	7
		Mateo 13, 1-23	
	02	El grano de mostaza y la levadura	17
		Mateo 13, 31-33	
	03	El tesoro escondido y la perla	26
		Mateo 13, 44-46	
	04	La oveja perdida	35
		Lucas 15, 1-7	
	05	La dracma perdida	44
		Lucas 15, 8-10	
	06	El hijo pródigo	53
		Lucas 15, 11-32	
	07	El buen samaritano	64
		Lucas 10, 25-37	
	08	Las diez vírgenes	74
		Mateo 25, 1-13	
	09	La casa construida sobre la roca	84
		Mateo 7, 24-27	
	10	El amigo que llama a la puerta a medianoche	94
		Lucas 11, 5-13	

VOLUMEN I

Las parábolas de Jesús



«Y sin parábolas no les hablaba».

MARCOS 4, 34

Diez historias sobre un corazón bueno,
sobre buscar, perdonar y amar.

PARÁBOLA 01



El sembrador

Parábola de Jesús · Mateo 13, 1-23



EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años

p. 8

Hablamos con los pequeños

p. 10

La historia completa · desde los 8 años

p. 11

Lo que nos enseña · Hablamos en familia

p. 15

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

Aquella mañana, el mar de Galilea estaba en calma. Las olitas golpeaban despacio las piedras de la orilla, y gaviotas blancas volaban sobre el agua. En la playa se mecían las barcas de los pescadores. Olía a agua, a red mojada y a tierra tibia de sol.

Poco a poco, la orilla se llenó de gente. Venían a escuchar al Señor Jesús. Eran tantos que él subió a una barca, para que todos lo vieran. La gente calló, y el Señor empezó una historia: —Miren, el sembrador salió a sembrar.

El hombre cruzaba el campo con su saco de semillas al cinto. Tomaba un puñado y lo lanzaba a lo ancho, paso a paso. Los granos volaban como lluvia fina y caían a tierra.

Pero no todos caían en el mismo lugar.

Unos cayeron junto al camino, en tierra dura, pisada por la gente. Quedaron encima, como cuentas de collar. Llegaron los pájaros: ¡pic, pic, pic! Se los comieron todos. De esos granos no creció nada.

Otros cayeron entre piedras, donde había poca tierra. Allí brotaron enseguida. Sus tallitos verdes salieron antes que todos. ¡Qué bonito empezaban!

Pero debajo había piedra, y las raíces no podían bajar. Llegó el sol ardiente del verano. Los tallitos se doblaron, amarillearon y se secaron.

Otros cayeron entre espinos. También crecieron, pero los

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

espinos crecían más rápido. Se hicieron grandes y espesos y les quitaron la luz. Los tallitos no tuvieron sitio para dar fruto.

¿Se habían perdido todas las semillas?

¡No! Algunas cayeron en tierra buena, blanda y honda. Allí las plantas crecieron altas, con espigas llenas. De una sola semilla salieron muchos granos: ¡treinta, sesenta, hasta cien! ¡Qué cosecha de un grano tan pequeño!

Más tarde, los discípulos preguntaron al Señor qué significaba la historia. Él les dijo: la semilla es la palabra de Dios. La tierra es el corazón de quien la escucha.

A veces nuestro corazón es como el camino duro: oímos algo bueno y lo olvidamos enseguida. Otras, es como el pedregal: nos alegramos al principio, pero abandonamos cuando cuesta. Y otras, como el espinar: queremos tantas cosas que no queda sitio para escuchar.

Pero el corazón puede ser también tierra buena: si escuchamos con atención, decimos la verdad, compartimos y pedimos perdón. Y la buena noticia: la tierra se puede trabajar. Se quitan las piedras, se arrancan los espinos. Con la ayuda de Dios, todo corazón puede ser tierra buena.

El sembrador echó en la tierra granos pequeños. En la cosecha, el campo era todo espigas doradas. Así crece el bien en nuestro corazón: de una palabra escuchada y de una obra hecha con cariño.

DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿Dónde cayeron las semillas?

Respuesta: Junto al camino, entre piedras, entre espinos y en tierra buena.

2 ¿Qué pasó con las semillas de la tierra buena?

Respuesta: Crecieron y dieron muchos granos nuevos.

3 ¿Qué significa la semilla de la historia?

Respuesta: La palabra de Dios, la palabra buena que escuchamos.

4 ¿Cómo puede ser tu corazón como la tierra buena?

Respuesta: Cuando escucho con atención y hago el bien que he oído.

LO HACEMOS JUNTOS

- Pongan un frijol (alubia) sobre una servilleta mojada y miren cómo brota en los días siguientes.
- Imiten el gesto del sembrador y digan cada uno una palabra buena que quieran «sembrar» mañana.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, haz de mi corazón tierra buena.
Ayúdame a escuchar y a hacer el bien. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

1 / 4

En Galilea, el otoño traía las primeras lluvias. Tras los largos meses de verano, la tierra se ablandaba y se oscurecía, y los labradores salían al campo. Los sembrados subían por las laderas, entre muros bajos de piedra. Por los bordes pasaban senderos pisados, y aquí y allá las piedras asomaban de la tierra como lomos grises. Junto a las cercas crecían espinos espesos. Por la mañana, el rocío brillaba en los surcos y el aire olía a tierra húmeda.

A uno de esos campos salió un sembrador. Llevaba a la cintura un saco de semillas y, en el corazón, una esperanza: tras meses de trabajo y de espera, de aquellos granos vendría el pan. Ante él se extendía el campo, con todos sus lugares, buenos y malos.

Así empezó el Señor Jesús una de sus parábolas. Estaba a orillas del mar, y había venido tanta gente que él había subido a una barca y hablaba desde allí, mientras la gente estaba en la orilla, junto al agua.

El sembrador tomaba semillas a puñados y las lanzaba a lo ancho, con un gesto antiguo, aprendido quizá de su padre y de su abuelo. Un paso, un puñado, otro paso. Los granos se esparcían en el aire y caían donde los llevaban la mano y el viento. De cada uno podía brotar una espiga, y de cada espiga, otros granos para hacer pan.

Pero las semillas no caían todas en la misma clase de tierra.

Unas cayeron junto al camino, donde la tierra era dura como una losa, pisada por los caminantes. Los granos quedaron encima, a la vista. Apenas se había alejado el sembrador cuando los pájaros bajaron en bandada, picoteando con prisa. Cuando se fueron, en el camino no quedaba nada.

Otras cayeron en un pedregal. Sobre la piedra había solo una capa

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

2 / 4

fin de tierra, que se calentaba enseguida. Allí las semillas brotaron antes que todas, y los tallos verdes y tiernos se alzaban alegres hacia la luz. Parecían las más afortunadas.

Pero las raíces no tenían sitio para bajar: debajo estaba la piedra. El peligro se escondía donde no se veía. Cuando el sol del verano empezó a abrasar, los tallos se marchitaron, se doblaron y se secaron.

El comienzo fue hermoso. Pero el comienzo no bastaba.

Otras semillas cayeron entre espinos. También brotaron, pero los espinos crecieron con ellas, más rápido y más espesos. Les quitaron la luz, las apretaron por todos lados y las ahogaron. Lo que había empezado a crecer no llegó a dar fruto.

Junto al camino, robaron la semilla. En la piedra, la planta se secó. Entre espinos, se ahogó. La misma mano había sembrado, los mismos granos buenos. Y aun así, tres veces se perdió el fruto.

Pero quedaba un lugar. Otras semillas cayeron en tierra buena.

Allí las raíces bajaron hondo y los tallos crecieron rectos y fuertes. Llegaron las espigas, cargadas de granos, y dieron fruto: unas cien, otras sesenta, otras treinta. La mano del sembrador había esparcido poco, y la tierra buena devolvió en abundancia.

Aquí el Señor se detuvo y terminó con una llamada:

—¡El que tenga oídos, que oiga!

Era una historia fácil de recordar: camino, piedras, espinos y tierra buena. Pero ¿qué tenía que ver un campo con la gente de la orilla?

Más tarde, los discípulos se acercaron a él y le preguntaron:

—¿Por qué hablas en parábolas?

Jesús les respondió que a ellos se les había dado conocer los misterios del Reino de los cielos. Muchos miraban y no veían, escuchaban y no entendían, porque su corazón se había endurecido. «Pero dichosos ustedes, porque tienen ojos que ven y oídos que oyen», les dijo. Y no los dejó solos con su pregunta: les explicó la parábola.

La semilla, les dijo, es la palabra del Reino de Dios.

De pronto, la historia les tocaba el corazón. Ya no hablaba solo de un hombre que trabajaba su campo, sino de las palabras que ellos mismos oían en ese momento de labios del Señor.

La semilla junto al camino es el que oye la palabra y no la entiende. Entonces viene el maligno y le arrebató lo sembrado en su corazón, como los pájaros se llevaron los granos de encima.

El pedregal es el que oye la palabra y enseguida la recibe con alegría, pero no tiene raíz y dura poco. Cuando llegan los problemas o la persecución a causa de la palabra, es decir, cuando se burlan de él o lo tratan injustamente por su fe, tropieza y lo deja.

La alegría del comienzo no era mala. Los tallos verdes habían brotado de verdad. Pero la planta necesitaba también raíces, la parte escondida que la sostiene cuando aprieta el calor.

La semilla entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y el engaño de las riquezas la ahogan, y queda sin fruto. Los espinos no se llevaron la semilla de golpe, como los pájaros: crecieron despacio, a su lado. Así, pensar en lo que

uno tiene y en lo que aún quisiera tener puede llenarle, sin notarlo, todo el corazón.

Y la semilla sembrada en tierra buena, les dijo el Salvador, es el que oye la palabra y la entiende. Este da fruto: uno cien, otro sesenta, otro treinta.

Tras el camino, la piedra y los espinos, la parábola llegaba a la gran cosecha. No todo se perdió. El sembrador no trabajó en vano.

Imaginemos al sembrador volviendo a su campo en la cosecha. El campo está dorado y susurra al viento. El hombre arranca una espiga, la frota entre las palmas y sopla la cascarilla. En el hueco de la mano le quedan los granos, pesados y brillantes. Los cuenta y sonríe: ¡qué pequeña era la semilla y cuánto había dado!

De estos granos habrá pan en la mesa y semilla para una nueva siembra. De un comienzo tan pequeño, la vida sigue adelante.

Ahora los discípulos habían oído la parábola y su sentido. La palabra del Reino no estaba lejos, en una tierra desconocida: la recibían en ese momento, de labios del que les hablaba. Faltaba que cada uno la guardara en el corazón y la dejara dar fruto.

La mano del sembrador se había abierto. La semilla había sido regalada. Y en la tierra buena empezaba a crecer algo que, por ahora, nadie veía.



«Y la semilla sembrada en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y da fruto».

Mateo 13, 23

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

La palabra de Dios es una semilla buena; mi corazón puede ser la tierra buena donde crece y da fruto.

El sembrador es el mismo Cristo, y la semilla es su palabra, que oímos en la iglesia, en clase de religión, en el Evangelio y de nuestros padres. La semilla siempre es buena. La diferencia la hace la tierra: nuestro corazón. El corazón «como un camino» es el corazón distraído: oye, pero no atiende, y la palabra se pierde pronto. El corazón «pedregoso» se alegra al principio, pero abandona cuando cuesta. El corazón «con espinos» está lleno de demasiadas preocupaciones, del deseo de tener más y más cosas, y ya no tiene sitio para Dios. La buena noticia es que un labrador trabajador puede cambiar la tierra: quita las piedras, arranca los espinos, ara hondo. Así también nosotros, con oración, confesión y buenas obras, trabajamos el corazón para que sea «tierra buena». Y el fruto no es igual para todos —cien, sesenta o treinta—, pero Dios se alegra de cada fruto dado con amor.

PARA LOS MAYORES • 12-14 AÑOS

El teléfono, las notificaciones, los nervios por las notas, el deseo de ser «como los demás» pueden ser los espinos de hoy: no todos son malos, pero pueden ahogar poco a poco lo bueno que hay en nosotros. Quizá también viviste el «pedregal»: un campamento o una bella misa te encendió, y a la semana todo se apagó. La raíz no crece solo de emociones, sino de pequeños hábitos constantes: unos minutos de oración al día, un capítulo del Evangelio, una buena obra aunque no tengas ganas. Pregúntate sinceramente: ¿qué espino podría arrancar esta semana?

Hablamos en familia

1 ¿Dónde cayeron las semillas de la parábola?

Respuesta: Junto al camino, en el pedregal, entre espinos y en tierra buena.

2 ¿Qué significa la semilla?

Respuesta: La palabra de Dios, la palabra del Reino.

3 ¿Cuáles son los «espinos» que ahogan la palabra?

Respuesta: Las preocupaciones de este mundo y el engaño de las riquezas: lo que llena el corazón y nos hace olvidar a Dios.

4 ¿Qué podemos hacer para que el corazón sea «tierra buena»?

Respuesta: Escuchar con atención, rezar, confesarnos y poner en práctica lo que hemos oído.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Planten juntos una semilla (un frijol, trigo o una flor) en una maceta y riéguela cada día; miren cómo crece y hablen de la «tierra buena» del corazón.
- En la iglesia o al leer el Evangelio, intenten recordar una sola frase y decirla por la noche en familia.
- Elige un «espino» para arrancar esta semana (por ejemplo, menos tiempo de pantalla) y pon en su lugar una buena obra.



ORACIÓN BREVE

*Señor Jesucristo, buen Sembrador,
haz de mi corazón tierra buena para tu palabra.
Quita de él las piedras y los espinos
y ayúdame a dar fruto de buenas obras. Amén.*

PARA LOS PADRES

Los pequeños entienden mejor si imitan el gesto del sembrador y «lanzan» semillas imaginarias a los cuatro rincones del cuarto. Recalquen que la semilla siempre es buena y que la tierra se puede mejorar: nadie es «tierra mala» para siempre.

PARÁBOLA 02



El grano de mostaza y la levadura

Parábola de Jesús · Mateo 13, 31-33



EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años	p. 18
Hablamos con los pequeños	p. 20
La historia completa · desde los 8 años	p. 21
Lo que nos enseña · Hablamos en familia	p. 24

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

En primavera, en los campos de Galilea, la tierra se calentaba al sol. Las abejas zumbaban en la hierba, y el viento mecía las espigas aquí y allá. Al borde de los sembrados crecían plantas de todo tipo: unas pequeñas, de un palmo, otras altas como un hombre.

El Señor Jesús le contó a la gente una historia sobre una semilla de mostaza. El grano de mostaza es tan pequeño que cabe en la punta de un dedo. Si soplas, ¡sale volando!

Un hombre lo tomó y lo sembró en su campo. Y luego... nada. Ni una hoja, ni un tallito. Quien pasaba por allí solo veía tierra.

Pero bajo la tierra, el grano trabajaba. Se abrió despacio y sacó una raíz fina como un hilo. Luego un tallito verde empujó la tierra y salió a la luz.

Y creció. Creció más que todas las plantas del huerto. Creció hasta hacerse un árbol, con ramas extendidas por todos lados.

Un día llegó un pájaro y se posó en una rama. Luego otro. ¡Y otro más! Encontraron allí sombra y sitio para su nido, y todo el árbol piaba.

¿Quién lo hubiera pensado? Lo que antes cabía en la punta de un dedo ahora tenía sitio para muchísimas alas.

El Señor Jesús dijo que así es el Reino de los cielos. Empieza pequeño, casi invisible. Pero lo que Dios hace crece más de lo que imaginamos.

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

Luego les contó otra historia. Esta vez, sobre una mujer que hacía pan.

La mujer tenía una artesa grande, llena de harina. Tomó un pedacito de masa fermentada, guardada del pan anterior, y la mezcló con la harina y el agua. Amasó y amasó, hasta tener una masa blanda. El pedacito de levadura ya no se veía por ningún lado.

¿Se perdió? ¡No! Trabajaba en secreto.

La mujer cubrió la artesa con un paño y esperó. La masa no hacía ruido. No saltaba de la artesa ni llamaba a nadie. Pero poco a poco se hinchó, se redondeó y creció hasta levantar el paño. ¡Un poco de levadura había hecho crecer toda la masa!

Con ella se coció el pan. Toda la casa olía a pan caliente, y había bastante para los de casa y para los invitados.

El Señor Jesús le mostró a la gente dos comienzos pequeños: un grano en la tierra y un pedacito de levadura en una gran artesa. De uno creció un refugio para los pájaros. Del otro, pan para la gente.

También el bien que hacemos parece a veces pequeño: una palabra amable, una ayuda, un trozo de pan compartido. Pero Dios puede hacerlo crecer y llegar a muchos.

El hombre había sembrado el grano. La mujer había amasado. Y en silencio, lo que empezó tan pequeño crecía, crecía, crecía.

DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Escuchen al niño antes de darle la respuesta.

1 ¿De qué tamaño era el grano de mostaza?

Respuesta: Muy pequeño, cabía en la punta de un dedo.

2 ¿Quién se refugió en las ramas de la planta crecida?

Respuesta: Los pájaros.

3 ¿Qué hizo ese poquito de levadura?

Respuesta: Hizo crecer toda la masa, y con ella se coció pan.

4 ¿Qué cosa buena y pequeña puedes hacer mañana?

Respuesta: Una sonrisa, una ayuda, un trozo de pan compartido.

LO HACEMOS JUNTOS

- Miren juntos una semilla pequeña y hablen de lo que puede crecer de ella.
- Preparen un poco de masa y mírenla después de una hora: ¿cuánto ha crecido?



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, recibe mi pequeño bien
y hazlo crecer. Amén.*

En primavera, los campos de Galilea se llenaban de verde. El trigo brotaba en hileras rectas, y entre las piedras asomaban florecillas amarillas y azules. Al borde de los campos, la gente dejaba un rincón para el huerto: allí crecían hortalizas, cebollas y plantas de hojas olorosas. En las casas de piedra, las mujeres amasaban, y por la tarde salía de los hornos el aroma del pan caliente.

En uno de esos campos, un hombre tuvo en la palma un grano de mostaza, como una cabeza de alfiler, y lo puso en la tierra. Un soplo de viento se lo habría llevado. Nadie habría adivinado lo que escondía dentro.

De este grano le habló el Señor Jesús a la gente. Quería ayudarles a entender el Reino de los cielos y eligió para ello algo que todos conocían: una semilla puesta en la tierra.

Después de sembrado, el grano ya no se veía. Encima solo había tierra. Un día, dos, una semana: nada. Quien pasara por allí diría que no ocurría nada.

Pero bajo tierra había empezado el trabajo. La cáscara se rompió, la raíz bajó, y el tallo tierno empujó la tierra y salió a la luz. Luego se hizo fuerte, echó hojas y subió día tras día. Una planta no crece en un abrir y cerrar de ojos. Necesita tiempo.

En la parábola del Señor, el grano, que era la más pequeña de todas las semillas, se hacía más grande que todas las hortalizas y se volvía árbol. Extendía sus ramas, y los pájaros del cielo venían a refugiarse en ellas.

¡Qué cambio! El hombre había tenido en la palma un solo grano. Ahora, en las ramas nacidas de él, pájaros cansados hallaban sombra y sitio para el nido. Se oían trinos donde antes solo había tierra.

El hombre no había plantado cada rama ni había llamado uno a

uno a los pájaros. Solo había sembrado. El crecimiento trajo cosas que al principio no habría podido tener en la mano.

Así enseñaba Jesús a sus oyentes a mirar la obra de Dios. Un comienzo pequeño no se debe despreciar. Lo que hoy parece poca cosa puede traer, con el tiempo, más bien del que imaginamos.

Luego el Salvador contó otra parábola. Esta vez la historia no ocurría en el campo, sino en una casa, donde una mujer hacía pan.

La mujer tenía tres medidas de harina. Era muchísima harina, para hacer pan para mucha gente. En ella puso un poco de levadura. El Señor dice que la escondió en la harina hasta que fermentó toda la masa.

Quienes hacían pan reconocían enseguida la escena. El pedacito de masa fermentada, guardado de la hornada anterior, se mezclaba con la harina y el agua. Las manos amasaban, doblaban y apretaban todo, hasta formar una sola masa.

Después de amasar, ya no se podía señalar el pedacito de levadura. Se había mezclado del todo. Y, sin embargo, no se había perdido. Justo entonces empezaba a obrar en toda la masa.

Podemos imaginar a la mujer cubriendo la artesa con un paño y dejándola en paz. No se oye nada. A simple vista, la masa parece igual. Pero el tiempo pasa, y la masa sube despacio, se redondea y empuja el paño hacia arriba.

La mujer no tiene que buscar el pedacito de levadura y moverlo de un lado a otro. Su obra alcanza sola a toda la masa. Lo poco que se puso dentro cambia el todo.

Las dos parábolas se iluminaban una a otra. En la mostaza, el crecimiento se veía en las ramas cada vez más extendidas. En la

levadura, el cambio empezaba por dentro y se veía solo más tarde. Algo pequeño podía crecer mucho. Una obra escondida podía abarcarlo todo.

A su tiempo, la masa se dividió en panes y se puso a cocer. Quizá un niño estaba junto a su madre, mirando. Había visto la harina, luego la masa, y ahora veía el pan dorado salir del horno. Entre una y otro hubo una obra callada, sin la cual el pan no habría crecido.

El olor del pan caliente llena la casa. El pan se parte y se comparte en la mesa. El Señor mostraba a la gente que, entre las cosas más corrientes de sus casas y su trabajo, podían empezar a entender la obra de Dios.

Así quedan las dos imágenes una junto a otra: pájaros descansando entre las ramas y pan caliente en la mesa de una casa. Y quienes los disfrutan, pájaros e invitados, no vieron el comienzo. Reciben un bien preparado en silencio, antes que ellos.

El Salvador no pedía a la gente que lo midiera todo por lo que parece grande a los ojos del mundo. Les enseñaba a valorar el comienzo humilde, el crecimiento paciente y la obra escondida. La obra de Dios no necesita ruido para ser verdadera.

Bajo tierra, la semilla no se veía. En la artesa, la levadura ya no se distinguía. Pero ninguna estaba ociosa. En silencio, el crecimiento había empezado.



«El Reino de los cielos es como un grano de mostaza».

Mateo 13, 31

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

El bien empieza pequeño y en silencio, pero con Dios crece mucho y alimenta y da refugio a muchos.

Las dos parábolas dicen lo mismo de dos maneras. El grano de mostaza nos muestra cómo crece el Reino de Dios en el mundo: de unos pocos discípulos a la Iglesia extendida por toda la tierra, que, como un gran árbol, acoge a personas de todos los pueblos, como las ramas acogen a los pájaros. La levadura nos muestra cómo obra Dios en el corazón de cada uno: a escondidas, despacio, desde dentro, hasta que toda la persona cambia y se vuelve mejor. Por eso no debemos desanimarnos cuando el bien que hacemos parece pequeño. Una oración breve, una palabra buena, una reconciliación, un trozo de pan dado a alguien: son granos y levadura. No vemos enseguida lo que sale de ellos, pero Dios los hace crecer. También los santos empezaron con pasos pequeños, dados con fidelidad cada día.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Vivimos en un mundo que lo quiere todo grande e inmediato: resultados rápidos, muchos «me gusta», cambios espectaculares. Estas parábolas dicen otra cosa: lo verdaderamente importante crece despacio y a escondidas. Un buen hábito de cada día, una amistad cuidada, un talento trabajado con paciencia, la fe que se hace más honda sin que se note. Quizá sientes que tu oración «no hace nada». También la levadura parece no hacer nada la primera hora. Sigue con paciencia: la fidelidad en lo pequeño es señal de una fe verdadera.



Hablamos en familia

1 ¿Qué tamaño tiene el grano de mostaza y en qué se convierte?

Respuesta: Es un grano muy pequeño. En la parábola, crece y se hace un árbol donde se refugian los pájaros.

2 ¿Qué hizo la mujer con la levadura?

Respuesta: La escondió en tres medidas de harina, hasta que fermentó toda.

3 ¿Cómo creció la Iglesia, igual que el grano de mostaza?

Respuesta: Empezó con Cristo y unos pocos discípulos y se extendió por todo el mundo.

4 ¿Qué pequeña buena obra podrías hacer mañana?

Respuesta libre. Por ejemplo: ayudar sin que me lo pidan, decir algo bueno, hacer las paces con alguien.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Hagan juntos un pan o unos panecillos y miren cómo crece la masa; en la mesa, hablen de la parábola.
- Pon cada noche un frijol (alubia) en un frasco por cada pequeña buena obra del día; al final de la semana, miren cuánto se ha juntado.
- Lleven un pan o algo rico a un vecino mayor o a una familia que lo necesite.



ORACIÓN BREVE

*Señor, tú haces de las cosas pequeñas cosas grandes.
Recibe mi pequeño bien
y hazlo crecer para tu gloria
y para alegría de los que están a mi lado. Amén.*

PARA LOS PADRES

Si tienen semillas de mostaza (se venden como especia), muéstrenlas en la palma a los niños y luego una foto de la planta crecida. Los mayores pueden aprender que el pan y la masa recuerdan la próspera (pan de la ofrenda) de la Divina Liturgia.

PARÁBOLA 03



El tesoro escondido y la perla

Parábola de Jesús · Mateo 13, 44-46



EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años	p. 27
Hablamos con los pequeños	p. 29
La historia completa · desde los 8 años	p. 30
Lo que nos enseña · Hablamos en familia	p. 33

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

Era un día caluroso de verano. El sol ardía sobre el campo, y los grillos cantaban en la hierba seca. Un hombre trabajaba con la azada en un campo que no era suyo. Surco tras surco, la tierra se volteaba, marrón y tibia.

De pronto: ¡clinc! La azada golpeó algo duro. El hombre se agachó, apartó la tierra con las manos y se quedó boquiabierto. ¡Allí, en la tierra, había un tesoro escondido!

El corazón se le llenó de alegría. Aquel campo parecía uno más. Pero ahora el hombre sabía lo que escondía.

Tapó otra vez el tesoro con cuidado y corrió a casa. Allí vendió todo lo que tenía: las cosas de la casa, las herramientas, todo.

Quizá algunos se extrañaban: «¿Qué hace este hombre? ¿Lo da todo por un campo?». Pero sonreía. Sabía lo que había allí.

Con el dinero reunido compró el campo. Ahora era suyo, con el tesoro y todo. ¡Qué alegría!

Luego el Señor Jesús contó otra historia. Un comerciante buscaba perlas finas. Las perlas son pequeños tesoros blancos y brillantes que crecen dentro de algunas ostras, en el fondo del mar.

El comerciante entendía de perlas. Las ponía en la palma, las miraba a la luz y las medía con los ojos. Había visto muchas muy hermosas, pero buscaba las de gran valor.

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

Un día encontró una como nunca había visto. Era la perla más hermosa y valiosa de su vida.

Para comprarla, tenía que venderlo todo.

Y lo vendió todo. Luego volvió y compró la perla.

Un hombre encontró un tesoro en la tierra, sin buscarlo. Otro buscó mucho y halló una perla valiosa. Los dos entendieron lo mismo: habían hallado algo por lo que valía la pena darlo todo.

El Señor Jesús dijo que así es el Reino de los cielos. Estar cerca de Dios es un tesoro más valioso que todas las cosas del mundo.

Este tesoro no cabe en una caja. No lo encerramos en un cajón ni lo escondemos de los demás. Le hacemos sitio en el corazón cuando amamos a Dios y amamos a las personas. Y cuanto más lo compartimos, más crece.

El hombre del campo y el comerciante no estaban tristes por darlo todo. ¡Eran felices! Ahora sabían qué valía más para ellos.

Y su historia nos deja una gran alegría: la alegría de encontrar algo tan bueno que todo lo demás lo miras con otros ojos.



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Resalten la alegría del que encuentra.

1 ¿Qué encontró el hombre en el campo?

Respuesta: Un tesoro escondido.

2 ¿Qué hizo para poder comprar el campo?

Respuesta: Vendió con alegría todo lo que tenía.

3 ¿Qué buscaba el comerciante?

Respuesta: Perlas hermosas. Y encontró una muy valiosa.

4 ¿Cuál es el tesoro más grande?

Respuesta: Vivir cerca de Dios y amarlo.

LO HACEMOS JUNTOS

- Escondan un «tesoro» (un iconito o una crucecita) y búsquenlo juntos.
- Di a quién quieres más y por qué.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor Jesús, tú eres mi tesoro.
Ayúdame a amarte más que a nada. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

1 / 3

En aquellos tiempos, la gente sencilla no guardaba sus ahorros en un banco, y los cofres con candado eran raros. Cuando llegaban guerras o invasiones, la gente escondía sus cosas de valor en la tierra: una vasija de barro con monedas, unas joyas, un trozo de plata. A veces, quienes las enterraban no volvían nunca. Pasaban los años, el campo se araba y se sembraba de nuevo, y nadie sabía ya qué había bajo los surcos.

En un campo así, junto al que todos pasaban sin mirar, había un tesoro escondido. Un día, un hombre dio con él. Quizá trabajaba la tierra y el hierro de la herramienta golpeó algo duro. Quizá se arrodilló, apartó la tierra con las palmas y vio brillar el borde de una vasija llena. En un instante, un trozo de tierra cualquiera se volvió el lugar más valioso del mundo.

El Señor Jesús contó esta historia a sus discípulos para mostrarles lo valioso que es el Reino de los cielos. Y la empezó con la alegría de un hallazgo inesperado.

El hombre se levantó y miró alrededor. De lejos, el campo parecía uno cualquiera. Pero ahora él sabía lo que escondía. ¿Qué iba a hacer?

Primero volvió a tapar el tesoro con cuidado y alisó la tierra. Luego se fue, decidido a comprar el campo. Para poder pagarlo, tenía que dar por él todo lo que tenía.

Y decidió venderlo todo.

Puede parecer una decisión difícil. Lo que había reunido durante años le había sido útil. Y, sin embargo, el Señor dice que el hombre se fue «lleno de alegría». No vendía porque sus cosas ya no valieran nada, sino porque había hallado algo más valioso que todas ellas juntas.

Podemos imaginarlo volviendo a casa a paso rápido, llevando su alegría como un secreto. Quizá algunos se extrañaban al verlo vender

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

2 / 3

sus cosas, una tras otra. Él no se entristecía. Cada cosa vendida lo acercaba al tesoro. Y, al final, compró el campo.

La primera vez llegó a aquel campo sin saber qué encontraría. Ahora venía sabiéndolo. La tierra parecía igual, pero para él significaba otra cosa.

Luego el Salvador les contó otra parábola, sobre un comerciante que buscaba perlas finas. Las perlas son pequeños tesoros que se forman dentro de algunas ostras, en lo hondo del mar.

El comerciante sabía mucho de perlas. Algo hermoso puede pasarle inadvertido a quien va con prisa, pero él tenía ojos de buscador. Tomaba cada perla en la palma, la giraba a la luz, la comparaba con otras y seguía adelante. No le atraía la cantidad de cosas, sino su verdadero valor.

Y, un día, encontró una perla de gran valor.

Quizá se quedó un momento inmóvil, con la perla en la palma. Había visto muchas en su vida, pero ninguna como esta. Ya no se trataba de añadir una cosa más a las que tenía. Esta perla pedía una decisión: para comprarla, tenía que venderlo todo.

Se fue, vendió todo lo que tenía y compró la perla.

Una perla no llena una habitación ni se extiende como un campo. Cabe en el hueco de la mano. Otros habrían visto solo una perla. Él veía aquello por lo que lo dio todo y que le llenaba el corazón de paz.

Los discípulos tenían ahora dos historias. Un hombre encontró un tesoro sin buscarlo. Un comerciante buscó mucho y halló una perla de gran valor. Los lugares y las cosas eran distintos, pero la elección era la misma. Los dos reconocieron algo más valioso que todo lo que tenían y dieron un paso decidido para conseguirlo.

El Reino de los cielos no aparecía como una carga llevada por miedo, sino como un tesoro hallado con alegría.

Los discípulos sabían por su vida lo que esto significa. Pedro y Andrés habían dejado las redes. Santiago y Juan, la barca y a su padre. Mateo se levantó de su mesa de publicano y siguió a Jesús. Ninguno se sentía más pobre: habían hallado algo mejor.

El tesoro del campo seguía oculto a la mirada apresurada. La perla podía pasar inadvertida a quien no conocía su valor. En las dos historias, alguien vio más que un caminante distraído. Y el hallazgo cambió todas sus decisiones.

La vida con Dios no se compra con dinero. Pero las parábolas muestran el corazón de quien reconoce su valor: por ella, uno puede ordenar de nuevo toda su vida, y lo hace con alegría.

Por eso, al final, no recordamos solo lo que dieron los dos, sino sobre todo lo que encontraron. Si nos quedáramos solo en lo que dejaron, perderíamos la alegría que puso en marcha al primero y la belleza que decidió al comerciante.

Lo que parecía una historia sobre riquezas se volvía una historia sobre el corazón: sobre lo que lo llena de alegría y sobre lo que considera más valioso que todo.



«Y lleno de alegría, va y vende todo lo que tiene, y compra ese campo».

Mateo 13, 44

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

Dios es el tesoro más valioso; quien lo descubre encuentra más que todas las cosas.

El tesoro y la perla son el Reino de Dios, es decir, la vida con Cristo, la amistad con él, la alegría que no se acaba. Los Santos Padres dicen que la perla de gran valor es el mismo Cristo. Algunos lo encuentran de forma inesperada, como el hombre del campo; otros lo buscan durante años, como el comerciante. Pero todos los que lo encuentran entienden que nada en el mundo se le compara. La palabra más importante de la parábola es «alegría». El hombre no vende todo a la fuerza, sino con alegría. Así también nosotros: el amor a Dios nos ayuda a ayunar, ir a la iglesia, dar y perdonar, aunque nos cueste. No son pérdidas, sino el «precio» pagado con cariño por el tesoro más grande. Y para los niños, «darlo todo» significa darle a Dios el corazón entero: el primer lugar, no lo que sobra al final.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Cada uno de nosotros «vende» algo por lo que considera su tesoro: tiempo, sueño, dinero, energía. Algunos lo dan todo por un juego, por la popularidad, por una imagen perfecta en internet. La parábola te pregunta: ¿qué merece que lo des todo? Las cosas del mundo envejecen, se rompen, se olvidan; Cristo permanece. No se trata de despreciar lo bueno de tu vida, sino de poner las cosas en su orden: cuando Dios está en primer lugar, todo lo demás encuentra su sitio. Puedes preguntarte: ¿qué ocupa hoy el primer lugar en mi día?



Hablamos en familia

1 ¿Qué hizo el hombre cuando encontró el tesoro en el campo?

Respuesta: Lo escondió y, lleno de alegría, vendió todo lo que tenía y compró el campo.

2 ¿Qué buscaba el comerciante y qué encontró?

Respuesta: Buscaba perlas finas y encontró una de gran valor, por la que lo vendió todo.

3 ¿En qué se diferencian las dos parábolas?

Respuesta: El hombre del campo encontró el tesoro sin buscarlo; el comerciante buscaba perlas.

4 ¿Qué significan para nosotros el «tesoro» y la «perla»?

Respuesta: Representan a Cristo y su Reino, la vida con Dios, que es más valiosa que cualquier cosa.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- El juego del tesoro: escondan en casa un iconito o una crucecita y búsqüenlo juntos; luego hablen de la alegría del que encuentra.
- Cada miembro de la familia dice qué es para él lo más valioso y por qué Dios es más valioso que todo.
- Regala con alegría algo que quieres mucho (un buen juguete, un libro) a un niño que lo necesite.



ORACIÓN BREVE

*Señor Jesús, tú eres mi tesoro más valioso.
Ayúdame a buscarte, a encontrarte
y a darte el primer lugar en mi corazón. Amén.*

PARA LOS PADRES

Resalten la alegría, no la renuncia. Los niños deben sentir que amar a Dios no es una pérdida, sino una ganancia. Una perla de verdad o una bonita cuenta de collar mostrada en la palma ayuda mucho a entender.

RECUERDOS DE NUESTRA FAMILIA

Nuestras propias historias

Aquí guardamos un momento bueno de nuestra casa, una historia de los abuelos o una oración que sentimos respondida.



El bien empieza con un pequeño paso.